

CARTA A MARTÍ

Escrita por el gran orador cubano Doctor Antonio Zambrana,
verbo vibrante de las ideas democráticas de América

Señor Don José Martí.

Mi distinguido amigo:

Cuando estas líneas se publiquen en "La América", cuento para ello con la bondad de Ud., se encontrará probablemente en los Estados Unidos encargado de una misión importante, el Sr. General don Joaquín Zavala, ex-Presidente de la República de Nicaragua. El General Zavala ha prestado ilustres servicios a su tierra, y es ella un campo de observación muy interesante para los que siguen con simpatía reflexiva la marcha de los pueblos libres. Ud. comprenderá que yo quiera rendirle un sencillo homenaje y que venga con ese objeto a las columnas de su periódico.

La república de Nicaragua es, en efecto, el bello hogar de un pueblo laborioso y honrado que acredita todos los días la competencia posible de nuestra raza para el gobierno y las instituciones de la libertad. El sosiego en que ha permanecido durante los últimos quince años nos bastaría, ciertamente, para demostrarlo. Lógrase en otras partes la tranquilidad de la superficie con dictaduras sofocantes, que ahogan la voz de las opuestas y vibrantes pasiones, pero que las mantienen palpitando en el fondo de la sociedad, prontas a reaparecer, en súbita explosión, y a repetir, con iras acumuladas, el combate que se interrumpió. Hay entonces una paz, hecha de miedo y de egoísmo, que es una enfermedad social. Lo que cautiva al pensador desapasionado es el vigor sano con que las extremas ideas políticas viven y hacen su propaganda en Nicaragua, sin que los excesos de apreciación y las intemperancias del lenguaje, a que una polémica ardiente siempre conducen, perturben el curso regular del mecanismo republicano. En medio de los ultra-liberales, que se impacientan, y de los ultra-conservadores, que se espantan, la mayoría política del país procede con firmeza y con pausa a la transformación que aquella sociedad necesita, y ofrece a todos los grupos, para que digan sus credos y para que procuren conquistar el apoyo de la conciencia pública, una prensa y una tribuna que están fuera de la vigilancia de la policía y de las amenazas de los cuarteles: se discute sin temer al gobierno, y se gobierna sin temer a la discusión.

Cupo al General Zavala la ardua tarea de regenerar en Nicaragua la educación pública abriendo el país a la enseñanza moderna, a las emancipadas ciencias nuevas, y modificando por ende, aun sin deshacer el Concordato, sino interpretándolo bien, aquellas relaciones entre la Iglesia y el Estado que se establecieron en la oscuridad, social y política de la Edad

Media y que formando parte esencial, por cierto, del régimen de las colonias españolas, tocaron por juro de heredad de nuestras democracias americanas.

El Catolicismo militante tiene en nuestros días programa que no es del pasado. Decir que está dentro de ese programa la condenación de todos los fueros y de todos los legítimos empleos del conocimiento es hacer uso de parcialidad notoria o de supina ignorancia en la materia: astrónomos eminentes, físicos insignes y naturalistas agregios figuran en las milicias del Catolicismo. Pero hay en algunos de los países de la América española, un catolicismo de partido, una escuela seudo política y seudo religiosa, devota de ideales añejos y conservadora desvelada de tradiciones pueriles, que embaraza cuanto le es dable la difusión de los conocimientos positivos, que se empeña en falsificar la Historia y que abriga la peregrina pretensión de que sobrevengan en los últimos días de esta luminosa centuria el gobierno misterioso y la ciencia artificial, con que en época funesta doctrinaron y manejaron a España sus conventos, en sustitución a nuestro sufragio en la calle y en las investigaciones, sinceras e imparciales con que se escrutan hoy los arcanos de la vida. Existe, en natural contraste, un partido precipitado y ardoroso, que anhela la proclamación del materialismo oficial, que quiere hacer de la democracia una Iglesia de descreimiento intolerante y que mantiene la tesis, no menos absurda, de que las fuerzas y los caudales de las católicas mayorías han de sostener y pagar una guerra abierta contra los hombres y las ideas del Catolicismo. Alejándose cuidadosamente de ambos polos trabajan los estadistas que, como el General Zavala, representan y dirigen la actual situación política de Nicaragua.

El hecho es que cierto fenómeno social importante ha tenido éxito así en Chile como en Nicaragua, y en Nicaragua sobre todo, el establecimiento de un patriado, fruto de la selección social, que sin convertirse en oligarquía y sin oponerse a innovaciones saludables, sino por lo contrario, sabiéndolas llevar a cabo, ha hecho posible que impere en ambos pueblos la democracia serena y circunspecta, que otros en vano apetecen. En Guatemala, por ejemplo, antes de 1871, la clase dirigente estaba imbuída de pretensiones insensatas y se inspiraba en ideas de gobierno y en miedos al progreso digno del inolvidable Calomarde, el singular ministro de Fernando VII. En Nicaragua, lo que yo pudiera llamar aristocracia, viene a serlo en el mejor sentido de la palabra, es una fuerza que equilibra, pero que no estaciona el movimiento nacional. El Partido Conservador, que esa clase social allí, por lo general, ha constituido, tiene una retaguardia, como es lógico: hay en él, católicos, de los que antes

he pintado, y otros, que sin ser indoctos, ni enemigos a todo trance de la civilización moderna, temen para su país, acaso demasiado, un régimen de radicalismo tumultuoso y de impiedad opresora: pero marchan en las primeras filas del partido y a buen paso, sin duda, hombres de nuestro tiempo y de convicciones enérgicas que adelantan, con entereza varonil, la educación republicana de sus compatriotas.

Se dirá, quizás, que hago mucho caudal de la feliz solución de estos problemas en república tan escasamente poblada. Respondo que la poca densidad de la población ha sido la primera desgracia de las que fueron colonias españolas; por eso, precisamente, es que unos cuantos ambiciosos puestos de acuerdo han podido tiranizarla y que ciudades y villorios aislados en inmenso espacio, no han tenido entre sí la cohesión que forma las naciones y que alimenta el civismo, ni el trato íntimo y fraternal que una las voluntades y las inteligencias, produciendo esas corrientes de ideas y ese concurso de propósitos que guían y vigorizan la conciencia y la voluntad de los pueblos; y por eso, lánguida la industria, la guerra civil ha reclutado los brazos que no ocupaba el trabajo, y las codicias desprovistas de buen empleo se han entregado más de una vez avergonzadas y criminales avidas. La población escasa y mal reunida de Nicaragua, lejos de aplicar sus virtudes republicanas, las aquilata a mis ojos, ni, ¿qué nos importa la grandeza material de las naciones, y sus numerosos rebaños de soldados y de siervos, a los que apreciamos en su valor la civilización democrática? Las contiendas religiosas que dividen la Suiza, la Bélgica y la Francia presentan el mismo carácter y las mismas dificultades en la pequeña república de que hablo, y, el caso bien pensado, debieran ser más graves y más difíciles en un pueblo de nuestra sangre.

Convencido de esto, asistí con interés vivísimo a la última crisis política que ha atravesado Nicaragua. Concluíase el período de mando del General Zavala y había surgido entre otras candidaturas a la Presidencia la del Dr. D. Adán Cárdenas, un hombre tan distinguido por su carácter bien templado, como por su inteligencia luminosa y su instrucción vasta; pero tachado de impío, más que por otra causa, por la sinceridad loable con que manifestaba ideas que los timoratos encubren. El Partido Conservador se dividió en seguida: los medrosos y los prudentes fueron a reforzar el grupo que en el idioma político del país, por un motivo especial, se llama gráficamente, "iglesiero" y que es inútil describir, y el General Zavala seguido por conservadores, conspicuos aunque dejando atrás amigos queridísimos y mentores venerados, creyó llegado el momento de ir a mezclarse valientemente con los liberales, que sostenían entusiastas, como propia, la candidatura de Cárdenas.

Inútil es decirlo, no hubo siquiera la sombra de una intervención gubernativa: el Presidente usaba sólo de su voto, de su influencia y de su prestigio individual; pero la prensa ultra conservadora llevó hasta la fiebre el ardor de la polémica, y el varón eminente que ocupaba la primera magistratura fue víctima un día y otro de destempladas cuanto injustas acusa-

ciones. Alzóse entonces una verdadera tempestad de ideas, de insultos, de amenazas, de reproches, y sin soldados ni aparatos de guerra para guardar el orden, sin Corte de gárzulos aduladores que remeden con sus aplausos los de la opinión pública, no por eso hubo de vislumbrarse temblor nervioso en la mano firmísima que gobernaba el timón del Estado. La discusión, activa y libérrima junto a la urnas del sufragio, tuvo desenlace oportuno y pacífico en la expresión definitiva e incontrastable del voto nacional, y el Dr. Cárdenas, que había procedido con reserva digna en no anticipar promesas tranquilizadoras frente a las iras y a los anuncios terroríficos del fanatismo, una vez elegido, con inmenso triunfo, dijo a Nicaragua en un mensaje magistral: "Conozco mis deberes como Presidente de una República en que los sentimientos religiosos se encuentran tan profundamente arraigados, y conozco el límite que la Constitución señala a la influencia de mis personales ideas". Y su conducta ha probado que los conoce

Añada Ud. pueblo honrado y gobierno honrado; una estadística del crimen que marca poco numerosos y poco radicales desviaciones de la ley moral; las rentas públicas cobrándose y gastándose a la luz de un examen escrupuloso y bajo la inspección de una vigilancia que llega a ser impertinente; funcionarios que lejos de retirar medros los sacrifican al desempeño de sus cargos que se obran, verdaderamente, a la Curia, según la expresión romana; el único país sin deuda exterior, en toda la América española, el único gobierno que ha hecho en ella, con economías de las rentas sin emprestar un peso, y sin pedirlo a las fortunas privadas, el ferrocarril que la república necesitaba; sólo veinte mil pesos señalados en el presupuesto para gastos secretos de la Administración Pública, y los Presidentes teniendo a punto de honor el transmitirse los unos a los otros íntegra o casi íntegra, la insignificante partida. ¿No es verdad que parece un sueño de filósofo, una tierra nueva en la famosa geografía fantástica de Tomás Moro y Cavet? Pues es la estricta realidad de las cosas.

Mucho pudiera decirse de aquel bellissimo escenario, ya se detenga la mirada en sus bosques aromados de apretados, innúmeros y corpulentos árboles, ya en sus anchos lagos, cercados de floridas y misteriosas selvas o de soberbios montes, entre los cuales el altivo Momotombo, el volcán que no se dejó bautizar, según cuenta Víctor Hugo, en "La Leyenda de los Siglos". Mucho de aquella sociedad grátísima en que sorprende al huésped ver aliarse pureza y sencillez como patriarcales a cultura exquisita, o lo deslumbran y cautivan la blandura sedosa y chispeante gracia femenil, propias de los trópicos. Mucho de como se multiplican las escuelas y de como la Biblioteca Nacional es una admirable sala de estudio en que todas las obras maestras antiguas y modernas, de la imaginación humana lucen junto a esos libros de ahora de los Huxley, de los Darwin y de los Tyndall, que nos restituyen, en la ciencia de la naturaleza el "manuscrito original del Dios" por infantiles invenciones sustituido. Mucho de aquella literatura joven, pero emprendedora y animosa, que nos

BOLIVAR

Nicaragua, —quién lo creyera!, objeto de encontrados intereses de potencias que consideraron las zonas de influencia militar, política y comercial como indispensables para la expansión de sus designios, fue abatida muchas veces por fuerzas tan superiores que hombres de sublime actuación, como Bolívar, no vacilaron en ofrecerla en holocausto, desnaturalizando así lo bello y noble de su gesta en la América del Sur. Alimentando su patriotismo con las proezas más resonantes en la historia del Continente, al mismo tiempo que el brillo de su espada fulguraba en ansias de un puro sentimiento de libertad, no le importó sugerir para nosotros un régimen de esclavos, impropio del genio más grande de la América Latina.

Al retirarse por tercera vez de Colombia en 1814, antes del fracaso que sufriera, buscó refugio en Jamaica recogiendo bridas para calmar el desenfreno de sus justas aspiraciones y poner el sedante del sosiego a la incansable labor de sus agitadas campañas. Y desde esa isla, que aun señala el colonialismo de Inglaterra en el Caribe, en Septiembre de 1815, sugirió el desatino más inconcebible contra los nicaragüenses, que constituye un halo sombrío en las faenas gloriosas del Libertador.

En la "Carta de Jamaica" completada el 6 de Septiembre de 1816 y supuestamente dirigida a su amigo Maxwell Hyslop, consigna esta nota de dolor para Nicaragua: "La misma Europa —dice— por política, debería haber preparado y realizado planes pa-

ra la independencia sur-americana, no tan sólo porque ella es necesaria para la conveniente balanza del mundo, sino también porque es un medio seguro para obtener bases comerciales en este lado del Océano". Con una pequeña ayuda de Inglaterra estaba seguro que él mismo "podría libertar la mitad del mundo y colocar el universo en un estado de equilibrio".

Conociendo bien a la práctica y cauta Inglaterra, hizo, con patética visión, una sugestión sorprendente. "Los británicos podrían adquirir en pago de su ayuda las provincias de Panamá y Nicaragua, formando con estos países el centro del comercio del mundo por medio de canales" que, conectando los dos grandes Océanos, acortarian las grandes distancias y harían permanente la vigilancia y control de Inglaterra sobre el comercio del mundo". (Thomas Rourke, "Bolívar, El Hombre de la Gloria", pags. 166 y 167).

Emil Ludwig, expresa: "... Bolívar ha tratado desde hace tiempo de granjearse el apoyo inglés y ahora le sugiere a Inglaterra "la ocupación de Panamá y Nicaragua, a condición de que, mediante subsidios y armas", favorezca a las colonias españolas "en su lucha por la independencia". Débil fugitivo, ofrece lo que no tiene y pide socorro para el país de donde lo han expulsado..." ("Obras Completas, Biografías, IV, pág. 135).

GOICURIA

Los hombres, al prestigiar la historia con sus buenas obras, por cuenta se imaginan que sus deslices quedarán ignorados o, cuando menos, los aprecian en forma tan insignificante como que en nada o poco desvirtúan su vocación por la libertad. En el curso de nuestras contiendas vemos surgir a Domingo de Goicuría, visiblemente preocupado por Cuba, pero tenaz colaborador del filibustero William Walker y partidario empeinado de su gestión en nuestra abatida patria. Alarmante contrasentido de quienes luchan por sus países, no importa se sujete al sacrificio de sus ambiciones.

El 9 de Marzo de 1856 llegó a Granada con 250 hombres, después de celebrar el 11 de Enero anterior, por medio de su representante Francisco Alejandro Lainé una contrata en que se estipuló: "1. El General Walker da su palabra de honor de que ayudará y cooperará con su persona y recursos, con sus hombres y demás, a la causa de Cuba y a su libertad, después de haber consolidado la paz y el Gobierno de la República de Nicaragua".

Conocido es que Walker creyó más que en los hombres de su Falange para resguardo personal, en los cubanos que fueron traídos a esta tierra con fines ulteriores relacionados con Cuba, y el apasionamiento de que fueron poseídos, buscando como obtener el punto de apoyo en Nicaragua, les llevó a extremos de combatir con bizarría y de regar con su sangre nuestro suelo y de perder la vida en combates o frente a pelotón de fusilamiento, como aconteció con el teniente coronel Lainé, que extraviado en el desempeño de una comisión de Walker, fue pasado por las armas centro-americanas de Zavala y Estrada en Diriomo, atribuyéndosele al momento de morir estas palabras: "Los Hombres mueren, las ideas quedan".

Goicuría perseguía la posesión de "un Gobierno sólido, liberal y progresista. Todo esto, a juicio de Goicuría podrían encontrar los cubanos "anexándose" a los Estados Unidos de América".

El trataba de evitar que Cuba siguiera la suerte de Haití y Santo Domingo (1), pero propiamente su obsesión era terminar con el coloniaje español para incorporar su patria a los Estados Unidos, haciéndolo notar así en carta al Director del Herald de Nueva York, contestando otra de Mr. J. P. Heiss, en la que

se pueden leer estos repetidos conceptos: "Es bien sabido que hace algunos años estoy entregado con alma y corazón, vida y fortuna, a la causa de agregar a Cuba a los EE. UU." "Nicaragua era para mí un objeto secundario, un simple escalón para subir a Cuba". "Era evidente que la anexión de Cuba a los EE. UU. estaba muy lejos de las ideas de Mr. Walker", y, finalmente, "Para esto estuvieron prontos a hacer fracasar mis esfuerzos de agregar Cuba a los EE. UU." (2).

Fue un esforzado para que Walker tomara la presidencia de Nicaragua no así, según lo afirmó, de la ley que conducía a establecer la esclavitud de los nicaragüenses, y para conseguir sus proditorios fines abogó y pactó con el filibustero "en que los recursos materiales y pecuniarios de Nicaragua" se unirían con los de la junta revolucionaria de Cuba para hacer causa común y asegurar la prosperidad de la América Central y "libertar a Cuba de la tiranía española".

Ante las pequeñas guerillas de los legitimistas en Chontales y Matagalpa, "Walker hizo salir a Goicuría, a quien había nombrado Brigadier e Intendente General de Hacienda, a pacificar Chontales. Goicuría verificó su estreno en aquellos indefensos pueblos, de una manera "digna de la causa" que servía. "Fusiló" a varios desgraciados "para sembrar el terror", y su huella, como la del tigre, quedó señalada por un rastro de sangre". Posteriormente le hizo Walker Ministro Plenipotenciario ante el Gobierno inglés y cuando Goicuría reclamó el cumplimiento de la palabra empeñada, con distintos pretextos el Jefe de la Falange burlaba el compromiso. "Entre las instrucciones que se enviaron a Goicuría, hubo algunas que contrariaban lo que se le había ofrecido. Esto ocasionó la ruptura de ambos caudillos y varios escritos de Goicuría en el Herald de Nueva York hacían revelaciones importantes en que se denunciaba a Walker como hombre malvado, torpe y sumamente impolítico" (3) Y qué fue lo que privó en el ánimo de Walker para alejarlo del país? Sus planes para desligar del régimen eclesiástico y metropolitano de Guatemala a la diócesis de Nicaragua mediante el nombramiento de un Obispo, lo cual expuso en un